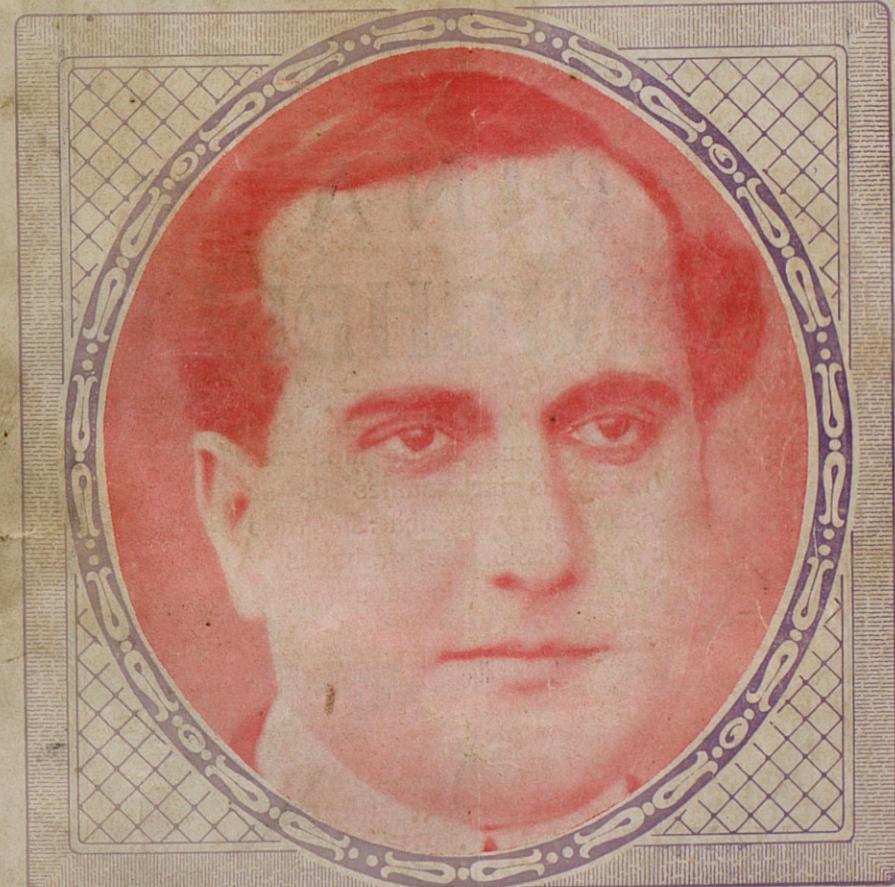


TRAS LA PANTALLA
GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS



Gustavo Serena

CUADERNO N.º 8

35 Cts

EL PRÓXIMO CUADERNO

ESTARÁ DEDICADO A

PINA MENICHELLI

La gran trágica italiana, gloria
de la cinematografía moderna.
Anécdotas interesantes de su
vida íntima y artística : Ilustrado
con profusión de grabados y
dibujos inéditos



EN PREPARACIÓN :

MAX-LINDER : EDDIE POLO
MARGARITA CLARK

AÑO II

BARCELONA 15 ENERO 1921

CUADERNO 8

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

GUSTAVO SERENA

POR

MICROMEGAS



EL ARTISTA ARISTOCRÁTICO : : : : : TICO : : : : :



IGUIENDO el orden trazado, vamos a presentar a Gustavo Serena.

Es decir; vamos a presentar a una de las figuras más universalmente conocidas de la pantalla.

Por eso, nuestro empeño resulta un poco pueril. Porque ¿cómo presentar lo que ya está de sobra presentado? ¿Qué de nuevo vamos a decir del arte del gran actor? ¿Cómo vamos a señalar un aspecto cualquiera de su trabajo que no conozcan nuestros lectores?

Seguramente, todos los que nos honran leyendo estas líneas, conocerán hasta la saciedad los menores detalles del arte de Serena. Sabrán de su ademán sobrio, de su gesto sencillo y al mismo tiempo expresivo, de su elegancia en el vestir, de su aspecto noble de gran señor.

Al verle una y otra vez en la pantalla, al observar su accionar tan desprovisto de afectación, habrán sacado en consecuencia que un actor como aquél estaba muy lejos del histrionismo de los otros cómicos y estaba muy cerca de la elegancia natural y desenvueelta de los que llevan la nobleza en la sangre y han tenido una cuna que se meció entre las paredes entapizadas de un palacio señorial.

Y así es, en efecto.

Gustavo Serena, por una aristocracia espiritual ingénita, desdena la afectación y la pose.

Entendámonos: no la afectación ni la pose de buen gusto que se traduce en una posición elegante o un ademán majestuoso. No. Precisamente, en la esfera donde él se mueve, es donde la ficción tiene más adictos, y son los áureos salones de la aristocracia como brillantes escenarios, en los que, unos hombres y unas mujeres privilegiados, representan una eterna comedia.

Lo que Serena repele con un gesto de desdén es la farandulería grotesca de entre bastidores; ese accionar descompuesto de los actores meridionales, esa exageración de la moda en el vestir, que hace parecer a muchos actores maniquíes de una casa de confeciones.

Por eso, en el artista de los grandes triunfos, vemos siempre una afectación de buen tono, que hace el prodigo de parecernos una asombrosa realidad.

El arte de Serena, tan reposado y tan noble, nos convence en absoluto, y, gracias a él, nos reconciliamos con la escuela italiana, demasiado llena de histrionismo y de falsedad.

El actor aristocrático ha sabido separar su arte de la influencia nefasta de los demás artistas de Italia. Y se nos aparece completamente opuesto a ellos, cautivándonos con su *savoir-faire* que justifica su apellido.

¿Halláis, por ejemplo, un punto de comparación entre la labor sincera y masculina de Gustavo Serena y la labor afeminada y cursi de Guido Trento?

Son dos actores que en una misma época y en igual ambiente despliegan dos banderas distintas, como pregonando que en Italia, al revés de los Estados Unidos, no existe una escuela única.

Estamos acostumbrados a ver a Gustavo Serena siempre en compañía de la Bertini, y nos sentimos como defraudados cuando otra actriz ocupa a su lado el lugar que a ella parece corresponderle.

Y es que la Bertini y Serena se complementan de un modo maravilloso.

Forman una pareja ideal.

La belleza y la elegancia de ella lucen, infinitamente más, al lado de la figura tan varonil de él, y viceversa. En las escenas de amor, en esas escenas intensamente pasionales de los dramas modernos, parecen fundirse el uno en el otro, obrándose el milagro de unir en una dos personalidades de vigoroso relieve.

Varias veces hemos visto al gran actor crear un papel, teniendo por compañera a otra actriz también de renombre. Pero no sabemos si ha sido aprensión nuestra o realidad efectiva, el caso es que Serena, en aquellos momentos, nos pareció más frío, más apático que de ordinario.

El motivo no es difícil de comprender.

Gustavo Serena y Francesca Bertini están identificados por muchos años de trabajo juntos, se conocen mutuamente, se confían el uno en el otro, sabiendo que cualquier ademán, cualquier gesto del uno, hallará inmediatamente eco en el compañero.

Y de esa unión perfecta han nacido obras de arte tan admirables como *Fedora*, *El proceso Clemenceau* y *Tosca*.

Por eso nosotros, y creemos que con nosotros infinitos aficionados, habrá lamentado en el alma la disolución de la sociedad Bertini-Serena.

Y la hemos censurado.

Porque creemos que los artistas, cuando llegan a identificarse del modo que lo han hecho los dos astros italianos, tienen un deber moral a continuar juntos, aun cuando discrepancias de carácter o de intereses tiendan a separarlos.

Desde esa fecha aciaga nace la decadencia de los dos artistas famosos. Porque decadencia hay, y manifiesta, en el arte de esos dos poderosos cimientos de la cinematografía de Italia. La Bertini, un poco *demodée*, continúa haciendo películas sin entusiasmo, al lado de unos galanes jóvenes que llevan corsé-faja y con los cuales no logra lo que en el argot de bastidores se llama «entrar en situación». Y Serena, desorientado desde la separación, se ha alejado, tal vez definitivamente, de la escena muda.

CÓMO TRABAJA GUSTAVO SERENA

Al revés de los cómicos americanos, que trabajan febrilmente, sin apenas descansar y que muchas veces tienen papeles en dos producciones distintas, Gustavo Serena, cuando nos movía desde la pantalla, exigía a sus directores una gran cantidad de reposo en su labor.

«Nada de precipitaciones ni de intensificar la producción.

El fué siempre un amante del viejo refrán: «Más vale poco y bueno que mucho y malo».

Y así, desde sus comienzos en el arte cinematográfico, se dedicó a trabajar lentamente, produciendo una o dos películas por año.

Claro está que para este sistema de lentitud, le ayudaba mucho

su posición desahogada, que le permitía tomarse largos descansos entre su trabajo en una y otra película.

Por este motivo, Gustavo Serena, en el terreno artístico, se encontraba a muchos codos por encima de sus compañeros, y sus creaciones aparecían siempre depuradas de defectos, pulidas, revisadas como una página de Flaubert.

Esto, como es natural, representaba para la manufactura donde él trabajaba un desperdicio grande de película vírgen y una doble o triple cantidad de trabajo, por cuanto se hacía necesario repetir varias escenas que no satisfacían plenamente al artista admirable.

Pero la Cæsar Film, siempre atenta al arte, siempre cuidando de conservar su puesto de primera fila entre las manufacturas cinematográficas del mundo, transigía con todo, a fin de conservar siempre en su elenco a aquella figura, que de alejarse, traería a la casa innumerables perjuicios.

Y por muchos años, Gustavo Serena trabajó en los estudios de la Cæsar en condiciones que no se toleraban a artista alguno, a excepción de Francesca Bertini; imponiendo su voluntad, eligiendo él mismo sus argumentos y señalando los artistas que habían de secundarle.

De ahí que en las creaciones de Serena no hallemos jamás un defecto que señalar, un descuido de la pose, un gesto de mal gusto que la máquina pudo sorprender.

Todo es bello, todo es artístico, todo es rebuscado.

No vemos allí un momento fugaz de inspiración, ni sorprendemos un chispazo de genio, ni tenemos ocasión de contemplar un gesto ingenuo.

Pero, en cambio, ¡cuánto arte, reposado y sereno como el de los escultores griegos, derrochado en sus inimitables creaciones!

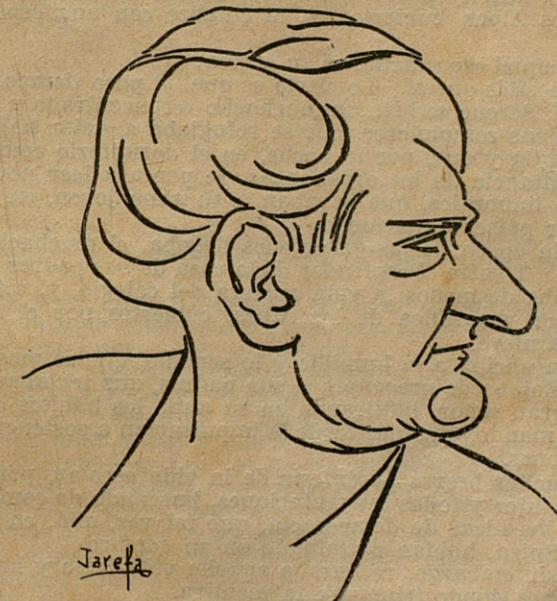
¡Cuánto trabajo y cuánto esfuerzo adivinamos detrás de aquellos muñecos humanos que ríen o lloran en la pantalla!

Gustavo Serena es así: artista por temperamento y por afición; pero no artista a la manera improvisada y fogosa de un Honorato de Balzac, sino al modo lento de un D'Annunzio o de un Benvenuto Cellini.

UNA VIDA DE PRÓCER

Nació Gustavo Serena en la vieja Florencia hace treinta y siete años.

No fué su vida la de un farandulero vulgar. No corrió de chiquillo por las carreteras o por los pueblos ni supo de las largas caravanas de cómicos de la legua, que van dejando girones de ilusión en las zarzas que bordean los caminos. No vivió tampoco la



Gustavo Serena

Caricatura de Jarefa

vida de los artistas en grande ni conoció el sabor de vino añejo de los aplausos

Su vivir fué muy otro. Mejor o peor que los anteriores, ¡quién sabe! Pero muy distinto, en la forma, aunque en el fondo tuviesen algunos puntos de contacto.

Hijo de unos nobles riquísimos de Florencia, Gustavo Serena nació en un palacio suntuoso y fué envuelto su cuerpo en finos pa-

ñales de Holanda y tuvo una cuna dorada y los criados, luciendo ostentosas y ridículas libreas, se movían a su alrededor.

Cuando fué mayorcito, sus padres, siguiendo la moda, lo enviaron a un colegio de Suiza.

Allí creció nuestro héroe, siempre teniendo ante él la visión soberbia de los Alpes, cubiertos en la cumbre con una espesa capa de hielo.

¿Influyó aquel espectáculo en su ánimo?

Es muy posible que sí. Lo cierto es que, al poco tiempo de estar en el colegio, Serena se hizo un muchacho reconcentrado y sombrío, que huía de sus compañeros, que se refugiaba a soñar bajo los árboles del jardín y que, por la noche, en el dormitorio común, burlando la vigilancia de los ordenanzas, se ponía a leer novelas, tal vez un poco inmorales, que llevaban a su alma joven, en un viaje triunfal, por países de ensueño.

Cuando la época de las vacaciones llegaba, el muchacho volvía a Florencia. Y entre el esplendor de la casa de sus padres el futuro artista echaba de menos la vida austera del colegio, y, sobre todo, aquella visión magnífica de los Alpes, cubiertos por el sombrero blanco de la nieve.

Esta rara afición a lo humilde y lo sencillo, que se mostraba en su hijo, no dejaba de preocupar a sus padres, que trataban de educarlo a lo gran señor, infiltrando en su alma los hábitos de aristocracia y de mando, que más tarde le impulsarían a sostener el brillo de sus blasones.

Y en aquellos breves paréntesis de la vida escolar, ponían ante él todos los lujos y todas las tentaciones, buscando de combatir con este medio las ideas de democracia, que tal vez, allá, en el lejano colegio de Suiza, habían germinado en su cerebro.

Serena, sin embargo, rechazaba aquella vida falsa y huía de los áureos salones donde triunfaba la mentira.

Y gustaba de la naturaleza.

Y buscaba en los campos lozanos, en los bosques umbríos, en los arroyos murmurantes, la verdad que ansiaba su espíritu.

Y resultaban inútiles todos los esfuerzos de sus padres para atraerlo hacia aquella vida de oropel, en la cual ellos se movían tan a gusto.

¿Por qué lo habrían mandado al colegio? ¿Por qué habían dejado en libertad su alma niña, para que en ella penetrasen los sueños y las inquietudes y los romanticismos? ¿No hubiese estado mejor a su lado, educándose en aquel ambiente de ostentación, siendo obedecido constantemente por los criados, disfrutando de aquella vida cómoda y regalada?

Allí tenía el fruto.

Cada temporada, Gustavo Serena, ahito ya de la visión de los campos y cansados sus ojos de tanto correr las páginas de los libros, suspiraba por el colegio, donde la vida se deslizaba en una mansa quietud, sin salones dorados y sin bellas mentiras.

Y sus padres, temiendo que aquella melancolía que invadía al muchacho llegase a hacerle enfermar, olvidaban sus deseos de conservarlo a su lado y le abrían otra vez las puertas de su cárcel, para que llenase su vista y su alma con los conocidos horizontes.

Y Serena volvía al refugio amable del colegio retirado, que alzaba sus muros en medio de un valle alegre, a los pies de los Alpes majestuosos.

EL PERFUME DE UN

::::: AMOR :::::

Pero un día, Gustavo Serena, que, como todos los años había ido a pasar las vacaciones a casa de sus padres, no salió de Florencia.

Y llegó el otoño, y palideció el verdor de los campos, y los árboles, gimiendo como moribundos, arrojaron al suelo las hojas.

Y Gustavo Serena no se marchó.

Un día, la nieve cayó sobre Florencia, extendiendo sobre la ciudad gloriosa un manto de armiño.

Y Gustavo Serena no se marchó.

Fueron más dorados que nunca los salones de la aristocracia florentina; ante las puertas de los palacios se detenían los coches y de su interior descendían unas señoras muy bellas y unos caballeros correctamente vestidos.

Y Gustavo Serena no se marchó.

¿Qué milagro se había obrado? ¿Qué misterio se encerraba en el alma del joven?

Sencillamente: Gustavo Serena estaba enamorado.

Cuando el verano ponía colores vivos en el campo y el sol arrojaba sobre la tierra una lluvia de fuego, el estudiante se enamoró de una condesita frívola y coqueta, que visitaba con frecuencia a su madre.

Fué un amor que turbó la vida del joven, clavando en su alma la primera espina de dolor.

Porque la condesita no amaba a Gustavo, no le amó nunca. Se limitaba a jugar con él, como jugaba con todos sus admiradores, con esos admiradores de todas las bellezas que constituyen una plaga de los salones elegantes.

Y fué el joven ingenuo un juguete en sus manos áulicas, que ella se complacía en atormentar, buscándole el corazón para clavar en él sus uñas sonrosadas.

Gustaba ella de darle esperanzas, de fingirse amorosa, para luego, con una frase glacial, romper bruscamente el encanto. Era un juego de una voluptuosidad extraña, que a Serena le hacía su-

frir horriblemente, mientras ella gozaba lo infinito con aquel refi-
namiento de crueldad.

Una noche, en que las luces brillaban en gran número en casa
de los padres de Gustavo y por los salones se agrupaban los invi-
tados, el idilio se terminó de un modo brutal.

Aquella noche, la condesita estaba más linda que nunca, con su
traje escotado, al aire sus brazos y sus hombros de nieve. Gustavo
Serena comprendió que aquella mujer iba a dejar una huella dolo-
rosa en su vida.

La amaba demasiado, con ese fuego que los hombres reconcen-
trados ponen en el primer amor, y sabía que ella nunca sería suya,
que seguiría burlándose de él, hasta que algo que no adivinaba le
hiciese salir de su espera sin esperanza.

Y aquel algo vino al fin.

En un momento del baile, la condesita desapareció del salón.
Poco después, un íntimo amigo de Gustavo se perdió también, apro-
vechándose de la confusión que nace cuando las parejas han termi-
nado de bailar.

Serena, con el puñal de los celos clavado en el alma, los siguió,
y tuvo entonces la triste revelación.

En un gabinetito contiguo al salón, la condesita se besaba con
el hombre que a él, conociendo su amor, le había brindado una
amistad que parecía sincera.

Y ante la lección que la vida le acababa de dar, Gustavo Serena
sintió que las piernas le flaqueaban y que una nube roja le cegaba.
Y comprendió entonces que un hombre podía matar a una mujer,
sin que la sociedad tuviera derecho a mancharlo con el nombre de
asesino.

Hizo un esfuerzo violento y se alejó de allí. Después, sin despe-
dirse de nadie, faltando a las reglas de etiqueta que en aquel am-
biente tenían tan alto valor, se escapó del salón y fué a hundir su
dolor en el silencio de su habitación, allí donde nadie se reiría de
sus lágrimas y la almohada ahogaría sus sollozos.

... : EL BALSAMO DEL : :
: : : : : OLVIDO : : : : :

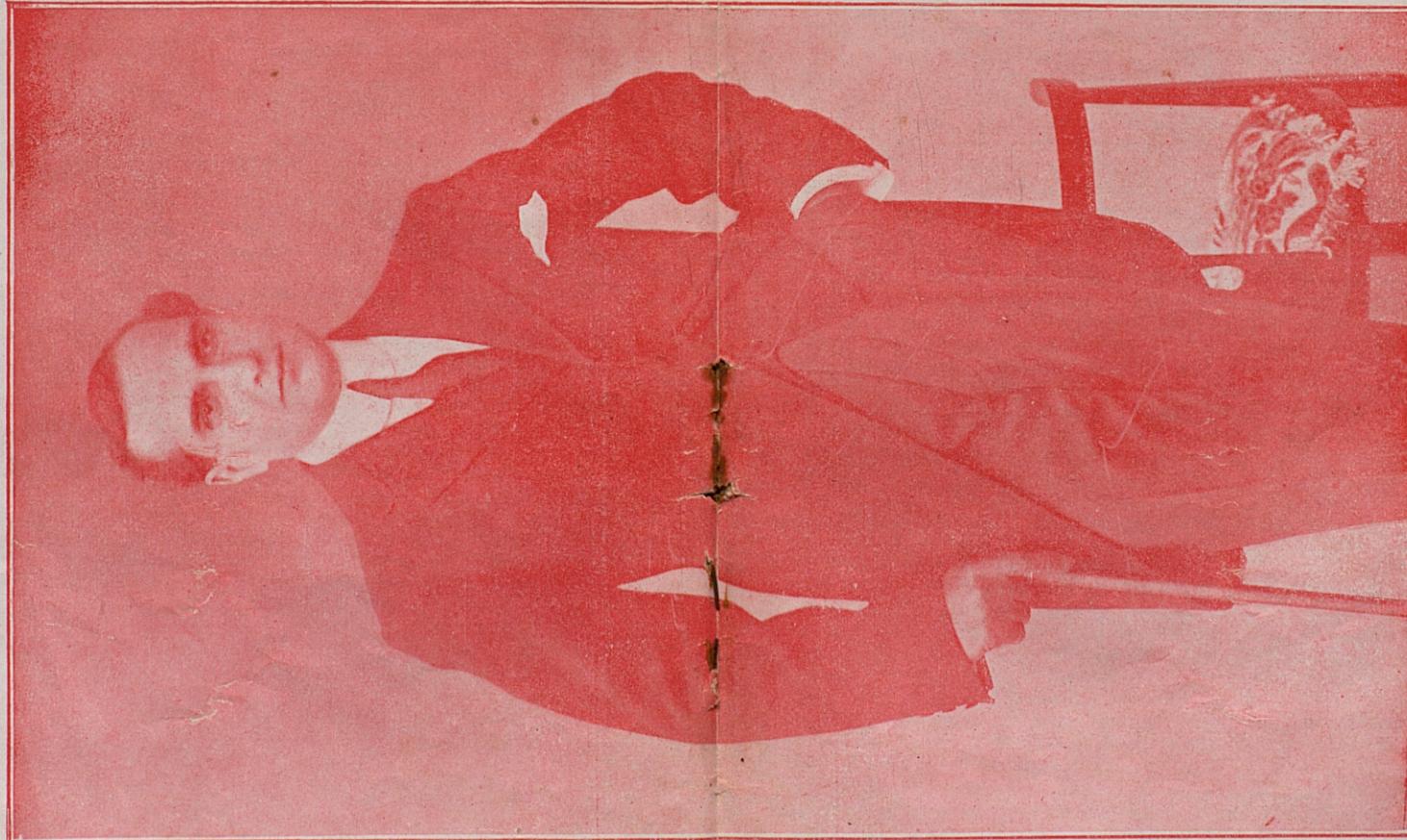
Desde aquella noche, la melancolía habitual de Serena se acen-
tuó, se agudizó, convirtiéndose en una tristeza infinita, que le hacía
insopitable la vida.

Recordando sus antiguas aficiones, buscó en el campo y en los
libros un lenitivo para aquel dolor que le roía el alma.



GUSTAVO SERENA en «Tosca»

LAS GRANDES FIGURAS DE LA CINEMATOGRÁFIA



Retrato de GUSTAVO SERENA



GUSTAVO SERENA en «Fedora»

Pero no lo encontró. El campo ya no tenía atractivos para él, y los libros los hojeaba sin leerlos, arrojándolos después lejos de sí, con un gesto de cansancio y de hastío.

Fué entonces cuando se fijó en la luminosidad alegre de los *cabarets* que empezaban a invadir algunos barrios de Florencia, y se sintió atraído por aquel ambiente de risa forzada, muy propicio para llevar unas ráfagas de olvido a su alma.

Y se dedicó a frecuentar aquellos lugares, con un entusiasmo de fanático, esperando que aquella alegría que se compraba lo curase de su enfermedad de amor.

Y, a veces, en la locura de una borrachera, creía que la herida de su corazón se había cicatrizado. Pero, entonces, como una ironía, se presentaba ante él la graciosa figura de la condesita, que parecía condenarlo a eterno dolor.

Y bebía entonces locamente, como si pretendiese ahogar su pena en alcohol, y, todas las noches, sus amigos, habían de conducirlo al palacio de sus padres en un estado deplorable de embriaguez.

En sus momentos lúcidos, Gustavo Serena se avergonzaba un poco de aquella debilidad suya. Pero, ¡era tan hermoso el sueño que seguía a las borracheras! ¡Era tan cómodo poder dormir, sin verse obligado a revolverse en la cama, dominado por el insomnio, sin pensar en la traición de una mujer!...

Y seguía bebiendo, sin goce, buscando en el fondo de las copas de cristal el sueño que venía acompañado del olvido.

Comprendieron sus padres que aquella crisis sentimental del joven podría perjudicarle en su salud, y le procuraron distracciones.

Un buen fajo de billetes de banco y abiertas de par en par las puertas del palacio, podrían ser el remedio de aquella enfermedad espiritual.

Y Gustavo Serena, completamente libre y con los bolsillos forrados de dinero, abandonó un día Florencia, con el propósito de marearse con el ruido de las capitales europeas.

Roma le atrajo con el prestigio de sus piedras muertas, en cada una de las cuales hay escrita una bella página de la Historia. Y en Roma vivió por algún tiempo, despreciando el bullicio de la ciudad moderna para esconder su soledad entre el silencio augusto de las gloriosas ruinas. Y soñó en medio de los muros derruidos del Anfiteatro, y evocó la visión trágica de Tosca sobre las almenas del castillo de Sant' Angelo.

Después, sintiendo otra vez en su corazón la punzada de su desengaño, se marchó a Venecia. Y al encontrarse en una noche de luna, paseando en una góndola por los poéticos canales, como Wagner en sus últimos días, sintió, más agudo que nunca, el recuerdo de la amada. Y lloró silenciosamente, mientras el remo abría en el agua heridas de plata.

¿A dónde ir? ¿Dónde ocultar aquel dolor inmenso que le destrozaba el alma? ¿Dónde estaría la fuente del olvido que buscan con

ansia febril los enamorados que experimentaron algún día desengaño?

Pensó en París, en el loco París de Montmartre i el Barrio Latino, que ríe siempre con una carcajada de alegría y juventud

Y a París se fué, abandonando el cielo añil de Italia y llevando en su corazón una esperanza...

Y no se equivocó. Bien pronto, la vida vertiginosa de la Ciudad Luz lo envolvió con la pícara alegría de sus bulevares y el perfume penetrante de su galantería. Y, corriendo como un loco detrás del placer, halló por fin en su carrera el bálsamo del olvido.

UNA AVENTURA QUE
: TERMINA EN AMOR :

Cuando ya hacía muchos meses que Gustavo Serena estaba en París, y de su memoria casi había desaparecido la imagen de su primer amor, surgió de pronto en su vida la figura de otra mujer.

Se llamaba Anita Sweet y era una actriz de segunda categoría del Teatro de la Comedia.

Anita Sweet era una mujer viciosa, refinada, amiga de lo extraño y desligada de toda clase de prejuicios. Se inyectaba morfina, aunque sabía que ello la mataba lentamente, bebía ajenjo y saltaba sobre el amor, con un gesto pícaro, sin concederle la menor importancia.

Gustavo Serena no sentía hacia ella un cariño extraordinario.

Le agradaba estar a su lado, oírla hablar con aquella su charla frívola y ligera, recorrer con ella los lugres más frecuentados de París, hacer locuras en Montmartre, asombrando a los provincianos con las extravagancias de su amante.

Pero su corazón latía acompasadamente, sin que un sobresalto ni una inquietud denunciase que allí dentro se encerraba el amor.

No era ella tampoco muy exigente en pedir cariño a su amante.

Al parecer, le bastaba con que le pagase joyas y trajes y la hiciese vivir una vida de perpétua orgía. Mas, una noche, cuando el Folies mostraba más acentuada que nunca su sonrisa de Gavroche, ocurrió una escena semi-trágica, que puso al desnudo el alma de la artista.

Había habido un pequeño altercado entre los dos amantes, y Gustavo Serena la abandonó en el palco, yendo a buscar la alegría en un palco contiguo, donde unas mujeres descocadas, reían como locas, bañándose con la espuma del champán.

No hacía muchos minutos que Gustavo se encontraba allí,

cuando en la puerta del palco apareció la graciosa silueta de Anita, dispuesta a no tolerar desprecios del hombre que amaba.

Se cambiaron entre aquellas mujeres unas frases gruesas y las manos finas de las artistas se buscaron el peinado, sin que Serena pudiese impedirlo.

Eran las del Folies más fuertes que Anita, y entonces, viéndose perdida y, sobre todo, en ridículo, la actriz de la comedia sacó un puñalito que llevaba colgado como adorno y lo hundió en el hombro de una de aquellas *cocottes*.

El escándalo fué mayúsculo y Anita Sweet, con el gesto cínico de un pilluelo, subió al coche que había de conducirla a la cárcel.

Desde aquella noche, puede decirse que en el corazón de Gustavo Serena se operó un cambio brusco. Amaba ya a aquella mujercita frívola y despreocupada, que había sabido engrandecerse con un gesto de soberbia y de pasión.

Y la amaba tanto y lamentaba tanto lo ocurrido, que se pasaba en la cárcel todas las horas que se lo permitían, tratando de llevar un consuelo, el consuelo de su amor, a aquella mujer que sufría por su culpa.

Pero Anita no necesitaba los consuelos de su amante, o al menos aparentaba no necesitarlos. Distraía su tedio leyendo a Lorrain y a Prévost, y lo que le pidió a Gustavo en la primera visita que éste le hizo, fué que le llevase la jeringuilla y las ampollas de morfina y una botella de ajenjo.

Cuando Serena iba a verla a su celda, lo recibía como pudiese recibirla en el gabinetito Luis XV de su casa. Le echaba los brazos al cuello y lo besaba en la boca. Y era sólo en aquellos momentos cuando ella parecía sentir intensamente y se apretaba contra su amante, como si quisiese fundirse en él.

Pero muy pronto recobraba su sangre fría, y entonces, adoptando una postura desenvueelta y canalla, hablaba de cosas frivolas, con una sonrisa picante jugando en sus labios pintados de carmín.

Fué muy leve la herida de la artista del Folies, y por este motivo, Anita no tardó en verse otra vez libre, y aumentado su prestigio de mundana con aquella aventura novelesca.

Y reanudó su vida antigua y volvió a ser la reina de Montmartre.

Pero ahora, Gustavo Serena, que sentía por aquella muñeca traviesa un cariño y una admiración sin límites, quiso guardarla para sí, esconderla de las miradas lascivas de todos aquellos viciosos que alternaban con ellos en sus orgías.

Y le propuso un viaje por Italia, su país natal, para pasear su amor como en una luna de miel. Aceptó ella encantada, y Roma y Venecia y Nápoles y Milán, fueron testigos de sus locuras.

Pero un día, la actriz que no podía olvidar sus noches de triunfo, tuvo un capricho: quiso que su amante se dedicase al teatro. Y, Serena, sin fuerzas para resistir, dominado por aquella mujercita

que tan gran papel jugaba en su vida, debutó en el teatro y a todos encantó con su elegancia severa de buen tono.

Fué éste el pecado mayor, que jamás le perdonó la buena sociedad florentina.

Muy bien que tuviese una amante, muy bien que escandalizase a París con sus bacanales montmartrescas. ¡Pero, meterse a cómico! ¡Andar por esos escenarios de Dios regocijando a las gentes!

Y se santiguaban con horror los buenos nobles de Florencia, que encontraban perfectamente que una mujer casada tuviese un amante para *alternar* con el marido.

Gustavo Serena tuvo el buen gusto de despreciar aquellas exclamaciones de santa indignación y de seguir haciendo lo que él creyese oportuno, sin pensar, eso sí, volver a aparecer por Florencia.

Y halló placer en interpretar a Bracco y a Sardou, y encontró un arte muy elevado el dar vida a un personaje de D'Annunzio. En poco tiempo, gracias a un estudio constante y a su vasta ilustración, llegó a ser un buen intérprete del teatro moderno. Y Anita empezó a sentir celos de aquél arte que le robaba a su amante, arrancándolo a sus caricias sensuales.

Eran unos celos que ella ocultaba como una vergüenza, y que a veces dejaba entrever tras una frase irónica o una sonrisa mordaz.

Gustavo Serena no paraba mientes en el estado de ánimo de su querida. Y seguía emborrachándose con el rumor de los aplausos y con la nerviosidad de las noches de estreno y con la mágica luminosidad de los triunfos.

Una noche en que el actor había sido más aplaudido que nunca, terminada la función, los dos amantes se fueron a cenar juntos a un lujoso restorán de Roma.

En aquella cena, Gustavo estuvo locuaz, comentando sus éxitos y sintiendo ya muy dentro de sí la vanidad del artista aplaudido. En cambio, Anita, contra su costumbre, estaba triste con una tristeza muy honda, que le impedía dibujar con sus labios aquella sonrisa de pilluelo que era uno de sus mayores encantos.

Cuando terminaron de cenar se fueron a pie al hotel, saboreando el ambiente primaveral de aquella noche de abril.

Y fué ya en la habitación cuando Anita se arrojó al cuello de su amante y lo besó en la boca con un beso tan largo y tan apretado, que la sangre brotó de los labios de Serena.

A la mañana siguiente, Anita Sweet apareció muerta en su cama.

Los médicos certificaron que la muerte se había producido por haberse inyectado la artista una cantidad exagerada de morfina.

Y por todas las imaginaciones —y particularmente por la de Gustavo Serena— pasó la idea de un suicidio.



Gustavo Serena en *La carrera al Trono*.

LA VOZ DEL CINE

Otra vez volvió a sentir Gustavo Serena el dolor agudo de un amor que se rompía en su alma.

Pero esta vez encontró más cerca de sí el bálsamo que iba a curar sus heridas. El escenario, con su voz formada por tantas carcajadas y tantos sollozos, le llamaba insistentemente, ofreciéndole laureles y triunfos.

Y Serena escuchó aquella voz y se dejó arrastrar otra vez por la vorágine de aquella vida vertiginosa.

Además, el dolor que la muerte de Anita había dejado en su alma era un dolor, sin las amarguras que sintió cuando tuvo la revelación de que la condesita no le amaba.

Y, muy dentro del fondo de su alma, levantó un altar a la muerta y adoró su memoria.

Después vinieron las largas *tournées* por países remotos, los viajes a América, las noches luminosas de beneficio. Toda esta vida le distrajo del recuerdo de su amor, envolviéndole en sus tentáculos.

Un día, Serena, supo que su padre había muerto y que, por lo tanto, quedaba heredero de una inmensa fortuna.

Regresó entonces a Florencia, y tuvo que aguantar la humillación de que sus antiguas amistades le negasen el saludo. Era en su pueblo un extraño, un intruso, que iba a turbar la paz de aquellos nobles aplazados bajo el peso de rancios prejuicios.

Y huyó de allí, renegando de sus blasones que le impedían hacer su voluntad, seguir los impulsos de su carácter; que le amarraban a una vida de aburrimiento y de estulticia y de ficción.

Y continuó su vivir andariego, llevando por los escenarios de Europa su arte modernísimo, en un paseo triunfal.

Estando en Roma, en uno de los descansos que se tomaba, después de una *tournée*, entabló conocimientos y relaciones con artistas y directores cinematográficos de Italia en la época en que las películas italianas eran solicitadas por todos los mercados y actores de la categoría de la Borelli, de Zucconi, de Carminatti, de Novelli, no se desdeñaban de llevar su arte a la pantalla.

Le gustó aquel arte nuevo, que todo lo confiaba al gesto y al ademán, desafiando la palabra, y empezó a realizar gestiones para entrar como primera figura en una de las manufacturas más nombradas.

Para esto le bastaba y sobraba su historia teatral, tan limpia, y, como si fuera poco, le servía de ayuda su linaje y su fortuna.

La casa Cines le abrió de par en par sus puertas, y Gustavo Serena empezó a interpretar roles de personajes antiguos, que obtuvieron del público y de la crítica un éxito raras veces igualado.

Todavía recordarán nuestros lectores con placer aquella creación de Petronio que el gran actor supo hacer.

¿Os imagináis un Petronio más elegante, más severo, menos afectado que el que creó Serena?

Era aquel uno de los papeles más difíciles a que tal vez en su carrera dió vida el célebre actor. Cualquier artista de menos talento y de menos cultura que él hubiese fracasado. La cursilería, la afectación y el afeminamiento eran escollos que había de salvar con cuidado en esa creación, corriendo a cada momento el peligro de caer en cualquiera de tales defectos.

Serena se dió cuenta de esto y creó un Petronio muy masculino, a quien no le restaba virilidad su culto por la estética.

Por eso en la historia artística del célebre actor, hallamos en esta creación suya una de sus páginas más gloriosas.

Más tarde, los directores de la Cæsar Film empezaron a fijarse en él. Necesitaban un actor elegante, como Serena, para presentarlo en películas dramáticas al lado de esa eminencia del arte mudo que tiene el nombre de Francesca Bertini.

Las primeras gestiones que la Cæsar realizó en tal sentido fracasaron en absoluto. A Serena no se le sugestionaba con cifras más o menos elevadas. Rico por su casa, perteneciente a una de las familias más linajudas de Italia, abordó el teatro y más tarde el cinematógrafo sin ninguna ambición económica.

Por eso, el contrato fabuloso que le ofrecían los directores de la Cæsar no produjo en él más que indiferencia. Solamente cuando conoció a fondo el arte de la Bertini y supo que iba a trabajar con ella, cuando se le ofreció que los dos elegirían de común acuerdo los asuntos que habían de filmar, fué cuando Gustavo Serena se decidió a cambiar su puesto en la Cines por el que le ofrecían en la otra manufactura.

Y de allí salieron *Fedora*, *Tosca*, *El proceso Clemenceau*, algunos de *Los Siete Pecados Capitales* y otras muchas películas más, todas con la Bertini.

Después, no se sabe lo qué ocurrió entre la dirección de la Cæsar y él o entre la Bertini y el gran actor. Lo cierto es que un día Gustavo Serena abandonó aquella manufactura que le había proporcionado sus mayores triunfos y fundó la Filmgraf, para editar películas por su cuenta.

Pero allí, falto de elementos para desarrollar su arte refinado, falto de artistas de su categoría, no lanzó más que unas cuantas producciones mediocres y se retiró de la pantalla.

¿Para siempre?

He aquí el enigma. Los aficionados al arte mudo no nos consolaríamos nunca de tal decisión.

LAS AFICIONES Y LAS
MANIAS DE GUSTAVO
::::: SERENA :::::

El famoso artista, a pesar de su vida agitada y tormentosa, no ha podido olvidar las aficiones de su juventud. Y, como cuando era estudiante, gusta de pasear por el campo y de leer novelas que distraen su tedio.

Pero Gustavo Serena tiene una manía imperdonable. Una manía de esas que justifican todas las censuras, por acres que sean. ¡Asómbrese el lector!, Gustavo Serena es coleccionista!

Así, como suena: coleccionista.

Todos cuantos cachivaches viejos ha encontrado en sus largos viajes, los ha ido coleccionando y hasta catalogando con un cuidado de covachuelista.

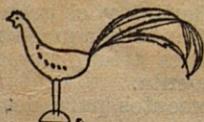
¿Concebís esto? ¿Comprendéis que un hombre que ha derrochado su salud y su dinero en locas aventuras, pueda tener el placer de la minuciosidad, el goce del orden, la manía del catálogo?

Así es, sin embargo.

Y su casa es un museo de antigüedades, donde reúne las cosas más fantásticas y más extrañas.

Así se distrae en sus ratos de ocio ese artista estudioso y concienzudo que se llama Gustavo Serena.

MICROMEGAS



TRAS LA PANTALLA
GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Aboño anual, *España y Portugal*: 18 ptas.- *Extranjero*: 25 ptas.

» semestral	»	»	9	»	»	12'50	»
» trimestral	»	»	4'50	»	»	6,25	»

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

NUESTRO BUZÓN

B. D. — Sabadell. — A Douglas Fairbanks debe escribirle en inglés a Beverly Hills (California), aunque el español no le es absolutamente desconocido, pues ha trabajado en México varias veces.

F. C. R. — Coimbra. — El número 1.º, dedicado a Francesca Bertini, está agotado actualmente. Para lo relativo a argumentos, diríjase a nuestro corresponsal en esa ciudad.

G. S. — Sabadell. — Antonio Moreno recibe cartas en «Vitagraph Company of America», East 15 th. St. and Locust Ave. Brooklynn, New York. Es andaluz y no tardaremos en publicar su biografía.

Mary y Chita F. — Madrid. — Por el retrato que nos hacen, vemos que son ustedes dos preciosidades, que en el cine harían gran papel. Diríjanse a alguna manufactura, practicando antes un poco en una buena academia. Es todo lo que podemos decirles.

